las calurosas palabras del médico, dijo moviendo la cabeza :

— Una palabra, doctor. Á la edad de Cristián ¿ es todavía capaz el organismo de arrojar los gérmenes funestos que se han introducido en él? En otros términos ¿ es aún tiempo de salvarle?

— Ciertamente.

— ¿ Qué habría que hacer para lograrlo?

— Imponerle una experiencia de abstención absoluta durante tres meses.

— ¿ Qué llama usted abstención absoluta?

— Beber agua. Si durante tres meses observa ese régimen sin una infracción, se podrá esperar su curación física y moral.

La joven ofreció la mano al doctor, que la cogió con tierno respeto.

— Temo, hija mía, que engañada por su generosidad, entable usted una lucha muy peligrosa.

Genoveva respondió con gravedad :

— ¿ Se consigue algo sin trabajo? ¡ Y qué alegría la de lograr lo que uno se propone! Sobre todo, cuando se trata de salvar á alguien que está á punto de perderse...

La joven hizo un gracioso movimiento de cabeza y continuó :

— Doy á usted las gracias, doctor, por todo lo que me ha dicho y procuraré sacar partido de ello. Veremos lo que piensa usted de mi tentiva dentro de tres meses.

Y volvió á entrar, sonriente, en el salón.

V

Etiennette Dhoriel estaba en su soberbio tocador ocupada en echarse las cartas, cuando entró como en su casa la Mauduit, vestida como una burguesa entonada y con un saco negro en la mano.

— Buenos días, hijita, dijo poniendo el saco encima de un canapé Louis XVI con molduras doradas. ¿ Cómo estás hoy?

— No muy bien. Tengo un maldito rey de bastos que no quiere marchar en mi juego.

— ¡ Bah! Siempre el joven Cristián... Te traigo noticias más seguras y más frescas que las que puedan darte las cartas...

— ¡ Dilas!

— Antes, di que me den un bizcocho y un vaso de Oporto. Tengo el estómago en los talones... He corrido hoy todo París...

— Abre aquel mueble... Allí encontrarás lo que quieres...

La Mauduit abrió las puertas de un delicioso mueblecillo de marquetería y en vez de recado de escribir halló una bandeja de cristal de Bohemia con dulces secos

y unos jarros de vino de España. Cogió dos vasos, los llenó, ofreció uno á Etiennette, que le dejó en la mesa sin tocarle, y después de haber bebido y comido, dijo:

— He visto esta mañana á Pavé en casa de Elisa Taupín... y me ha dado noticias muy seguras sobre tu fugitivo... Parece que se ha vuelto enteramente virtuoso... ¡ Un santito !

Etiennette dijo solamente :

— ¡ Ah !

Pero esa exclamación fué un chasquido como el del gatillo de una pistola al montarla.

— Es una buena cura que ha hecho la cursilona que te ha quitado tu hombre... ¡ Esa muchacha es un *sanatorium!* Yo no creí que hubiera otra como tú... Pero ahí la tienes, aunque en sentido inverso.

La joven se calló, pero sus mandíbulas se apretaron y se pusieron angulosas como las de un animal feroz. La Mauduit continuó :

— Nuestro buen Cristián se acuesta á las once, juega al *bridge* con su papá, no va más que á la Comedia francesa y sólo bebe agua en las comidas. Y entre tanto, nada ; casto como una imagen... Pavé está malo de indignación.

— ¿ Eso es todo lo que sabe hacer ese estúpido ? ¿ Qué influencia tiene sobre Cristián ?

— Ninguna. Nadie la tiene sobre nuestro pequeño Vernier más que la rubia que le lleva de un cordón, como á un faldero.

Etiennette se quedó pensativa y dijo con amargura :

— Si ha sido para contarme esas cosas para lo que has venido á beberte mi Oporto, podías haberte ido á tu casa.

— No te enfades, chiquita. Hay que saber oir la verdad, aunque no sea más que para sacar partido. ¿ Te vas á desesperar por tan poco ? Eso no sería digno de ti. ¡ Cómo ! La mujer que ha puesto á todos sus amantes en la puerta, se va á conformar con que la pongan á ella... ¿ No piensas vengarte ?

— ¡ No pienso más que en eso !

— En hora buena.

— La rubia no se ha puesto todavía el traje de boda. Tienes tiempo de trabajar... Imagínate que Clamirón me ha contado las condiciones que la casta niña ha impuesto á nuestro Cristián... ! Son fuertes, y es preciso que esté bien cogido para haberlas aceptado !...

— ¿ Cuáles son ?

— Durante tres meses tiene que vivir en casa de su padre, como un santito ; y si en ese tiempo hace alguna de las suyas y se sabe, es plantado sin remisión. La prueba es dura... Una especie de licenciatura en buenas costumbres...

Etiennette se quedó un momento pensativa y la Mauduit lo aprovechó para beberse la copa de Oporto que había echado para su amiga. Ya bien restaurada, tomó un cigarrillo de una copa de bronce de un espléndido trabajo italiano y lo encendió. La bella Dhoriel sonrió de pronto ante una idea que se le acababa de ocurrir. Tomó otro cigarrillo y dijo en tono casi indiferente :

— ¡ Ah ! Ese pobre Pavé está tan pesaroso de asistir á la conservión de Cristián... Pues bien, dile que venga á verme y yo le enseñaré la resignación.

— ¿ Tú ?

— Yo misma, dijo Etiennette sonriendo.

— Hija mía, exclamó la Mauduit, tú has debido tener una buena idea ; no tienes la misma cara que hace un momento... ¿ Qué estás ahí maquinando ? Dímelo...

— Eres muy curiosa. Ya lo sabrás á su tiempo. Vamos á ver, ¿ qué me traes hoy ?

— ¡ Cosas preciosas!

La Mauduit se levantó, cogió del canapé el saco negro y sacó un estuche en el que brillaban dos gruesas perlas como avellanas, de un oriente admirable y de una redondez perfecta.

— Pero esos son los pendientes de Maud Gray...

— Los mismos.

— ¿ Se deshace de ellos?

— Los empeña. Necesita treinta mil francos.

— ¿ Para Poivrier ?

— No, para el marquesito de Aubanerolles...

— ¡ Qué! ¿ Está chiflada por ese chulo ?

— No, pero le ha prometido casarse con ella á la muerte de su padre, el duque de Candare.

— ¿ Entonces necesita mil quinientos luises? ¿ Para qué ?

— Para pagar una deuda de juego del marqués.

— ¡ Ahí es nada !

Etiennette cogió las perlas, las manejó como un joyero, las aspiró como si quisiera gozar por el tacto, por la vista y por el olfato de aquella magnífica alhaja, y dijó volviéndolas al estuche :

—Valen cincuenta mil, muy por lo bajo.

— Ya lo creo ; no hay otros en París. Boucherón los tomaría en seguida. Pero Maud no quiere venderlos y el Monte no paga más que veinte mil... Da en prenda las perlas por seis meses, con tres mil francos de comisión... Si á los seis meses no paga, el empeño se convierte en venta, dando cinco mil francos más...

— Tres mil por seis meses, hacen el 20 por 100. Puede pasar... Pero eso de los cinco mil... Si no paga los treinta mil y los tres mil más, nos quedaremos con las perlas.

— Te las guardarás tú, Etiennette.

— No, serán tuyas, mediante el 10 por 100 de costumbre. Yo no hago negocios.

— Convenido. ¿ Dónde está el dinero ?

— Aquí.

Abrió un mueble precioso y puso al descubierto una caja de hierro. Sacó de un cajón treinta mil francos en billetes, volvió á cerrar la caja y puso la suma en la mesa. Después dijo :

— ¿ No tienes más ?

— ¡ No! Solamente unos encajes antiguos, de punto de Venecia.

— Tengo demasiados encajes. Vendería si se quisiera...

— Estos son muy ventajosos.

— Lo mismo me da.

— ¿ Quieres entonces un cuadro de Van Dyck ? Procede del conde de Conflans... Es el retrato de lord Sommerset siendo miño. Una obra maestra.

— ¿ Dónde se puede ver ?

— Yo te lo enviaré.

La Mauduit sacó sus instrumentos, sus frascos y sus limas.

— ¿ Vamos á ocuparnos de tus manos ?

— ¿ Tienes prisa?...

— No, es para dejarte libre.

— Hoy no salgo. Tengo que cortar los cupones de mi renta rusa...

— ¿ Quieres que te ayude ?

— Con mucho gusto. Comerás conmigo.

— Dame las tijeras.

Etiennette sacó un enorme fajo de títulos y las dos mujeres se pusieron á cortar las pequeñas tiras de papel. Á consecuencia de aquella conversación, Clamirón, que no había visto á su amigo desde la conversión

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON BIBLIOTECA UNIVERSITARIA MONTERREY, MEX. Apdo. 1625

de Cristián, se presentó en su casa una mañana y le encontró en su saloncillo de fumar muy ocupado en examinar unas cifras en las que aparecían enlazadas una H y una V. Cristián recibió á Clamirón como si le hubiera visto el día antes y le consultó sus cifras. Pavé recobró pronto su familiaridad y en tono burlón consultó á su amigo sobre su estado de ánimo.

— Y bien, mi querido Cristián, ¿estás decidido á cubrirte con el manto de la familia? Es un hermoso ejemplo para tus camaradas. Mi padre llora de admiración todas las noches á la hora de la sopa, que sigue siendo un alimento de primera necesidad para ese antiguo albañil enriquecido... ¡Bien me fastidia con tu conversión! Pero dime, ¿cómo te encuentras? ¿Pone eso muy enfermo?

— Al contrario, le pone á uno muy bueno.

— Es verdad que tienes mejor cara que en tiempo de nuestras *juergas*. ¡Buenas las hemos corrido juntos! Yo continúo, pero si vieras cuánto te echo de menos...

— ¡Bah! Ya me reemplazarás. Otros hay...

— ¡No como tú!... Oye, acabo de comprarme un Panhard y Levassor de treinta caballos... Lo tengo en la puerta. ¿Quieres verlo?

— Con mucho gusto.

— Coge tu pelliza y una gorra é iremos á dar una vuelta.

Cristián dió un paso hacia atrás é indicó claramente su voluntad de resistir la tentación.

— Imposible. Me espera mi padre dentro de una hora en la oficina de la calle de Chateaudun.

— Yo te llevaré.

— No, tengo pedido el coche. Muchas gracias.

— ¡Ah! Desconfías de mí... dijo Pavé con una expresión llena de reproches, ¡Mi querido amigo! ¿Qué es lo que temes?

— Nada absolutamente. Pero tengo que hacer y no puedo irme de paseo.

— ¡Qué cambiado estás! ¿Qué te han hecho? ¡Si se supiera!

— Es inútil hablar de eso, replicó Cristián con repentina viveza.

— Bueno, no se hablará. Se cuidará tu renombre. Pero, dime; con tus nuevas ideas, puede que no te guste recibirme... Si te molesto, dilo...

— Nada de eso. Tengo gusto en verte, por el contrario.

Aquella misma noche, después de haber comido juntas las dos familias Vernier y Harvay, Cristián contó la visita de Clamirón y dijo que pensaba arreglarse de modo de no volverle á ver. Su padre aprobó la determinación y opinó por hacerla extensiva á todos los antiguos compañeros de su hijo. Pero Genoveva dijo:

— Acaso sería preferible separarse de ellos poco á poco. Toda medida de rigor puede parecer dictada por la familia de Cristián, y como no es así, pues todo procede de su iniciativa, sería mejor no romper bruscamente. Además, parecería que Cristián temía el contacto de sus antiguos amigos... No tiene nada que temer y puede arriesgar la aventura si le place.

Y Genoveva se inclinó hacia Cristián y añadió este comentario:

— ¿No está usted bastante seguro de sí mismo para afrontar á sus compañeros de locuras? En eso se verá si está usted verdaderamente curado ó es capaz de una recaída. ¿Tiene usted miedo de que su Clamirón le arrastre á hacer algo malo? ¿Qué garantía tengo entonces yo de que no incurrirá usted en sus antiguas

faltas? Es preciso ver á todos los amigos. Su trato será la piedra de toque de su conversión de usted. Sin eso, la experiencia no será completa.

Cristián escuchó sonriendo y respondió:

— En su compañía temo más el fastidio que la tentación. Por fortuna mía, veo la diferencia entre los goces antiguos y las satisfacciones de hoy. No afligiré á Clamirón cerrándole la puerta, pero me repugna hacerme ver en público con él. Tiene una especie de gracia que ya no me gusta. Parece que no hablamos la misma lengua.

— ¿Eh, Cristián? exclamó Mareuil... ¿Quién había de pensar que hablarías así de tus inseparables? ¡Ah! La vida ofrece unas sorpresas... ¡Ha hecho usted una buena cura, querida niña!...

Lo que acababa de decir el viejo solterón era lo que pensaba toda la familia. Vernier había dado en querer á su futura nuera, la mimaba de todos modos y estaba dispuesto á colmarla de beneficios. Había encargado á Emmelina que eligiese la canastilla de boda y la mujer de Vernier tenía un exquisito buen gusto para tirar el dinero por la ventana. Genoveva, de un carácter viril y poco sensible á las seducciones del lujo, veía con relativa indiferencia los espléndidos adornos que se le ofrecían y no observaba con un interés real más que la actitud de Cristián ni atendía más que á sus palabras. Le apasionaba la empresa que había intentado y su victoria moral le interesaba mucho más que su triunfo mundano. Mientras tanto, la joven era objeto de todos los comentarios y de todas las envidias por parte de las madres de familia con hijas casaderas. En el repertorio de los ricos herederos de Francia, Cristián era cotizado como uno de los más brillantes partidos. Vicioso y todo, el hijo de Vernier estaba en estudio por

todas las casamenteras de París, y su proyectada boda con la hija de Harvay había causado una decepción profunda en la alta banca y en la aristocracia. Etiennette Dhoriel se había hecho casi simpática. La amiga de Cristián se había enclaustrado desde su separación para incubar su cólera. No había publicado la cuantía de la indemnización enorme dada por Vernier á la viuda ilegítima de su hijo, y se las echaba de víctima. Había quien la compadecía, tanto más cuanto que había rechazado las proposiciones de un ruso muy enamorado de ella y que ponía á sus pies el producto de sus exacciones en el gobierno de una provincia limítrofe de la China. Etiennette desempeñaba su papel con una habilidad extremada y pasaba realmente por inconsolable en el mundo de la galantería. Todas estas historias, contadas por Clamirón, divertían á Cristián y hasta excitaban su vanidad. No era ordinario el inspirar tal sentimiento á una mujer tan positivista como Etiennette, y, aun estando decidido á no verla más, el joven no podía menos de sentir un poco de ternura, muy humana, por la abandonada.

— ¿Quién diablos iba á creer que era tan sensible? le decía á Clamirón ¡Ella que se jactaba de no conocer la piedad y de haber dejado al pobre Kennedy saltarse la tapa de los sesos en Monte-Carlo!

— Kennedy estaba arruinado, ya lo sabes, y Etiennette no ha tenido jamás consideración por la gente sin un céntimo! ¡Mientras que tú!... Pero hago mal en comparar. Por ti es el corazón el que habla. ¡Ah, querido! Se está volviendo estúpida. Me ha encargado que te pregunte si consentiriás en darle el último adiós antes de casarte...

— ¡De ningún modo! ¡Vaya una idea! Hemos acabado; permanezcamos como estamos.